

EL INDIVIDUO, LA SOCIEDAD Y LA MEDICINA*

DR. CARLOS VÉJAR LACAVE

HA TOCADO a nuestra generación ser testigo del advenimiento de la época más esplendorosa de la humanidad. Nunca antes el hombre había logrado las conquistas que la técnica acarrea día tras día. Nunca antes había creído posible el ser amo absoluto de maravillas que sólo podían expresar la mente calenturienta de los iluminados y de los videntes. La agitada cabalgata de la ciencia avanza constantemente destruyendo obstáculos y abriendo un camino, que debía ser, pero por desgracia no es, el de la felicidad humana.

La medicina no puede ser ajena a este clima de modernidad, se ve constantemente envuelta en el desarrollo obligado de los tiempos modernos; necesita también revisar tradiciones, evadir prejuicios, considerar hechos y rectificar posiciones. Esto, que es incuestionable, no es por desgracia entendido así por muchos médicos, que prefieren no salir de su consultorio y cerrar obsecadamente los oídos a las incitaciones que vienen de fuera. Pero afortunadamente hay otros que por el contrario, están atentos a la evolución y al progreso del mundo actual para acomodar su profesión a estos tiempos de hoy. A ellos, principalmente va dirigido el presente trabajo, porque ellos entienden que el mundo contemporáneo pasa actualmente por una crisis histórica cuyo resultado permanece aún dudoso entre la niebla del porvenir. Después de dos guerras y de incontables problemas políticos, económicos y sociales, todo tiende a modificarse, el ritmo con que ahora se vive es agitado y aún no son uniformes las metas que se muestran a la juventud que se inicia. El signo mo-

* Leído en la Sesión del 6 de noviembre de 1957.

netario y el de poder, han alcanzado valores desorbitados y como tales son apreciados por el hombre de hoy, estando en cambio los ideales de tipo puramente espiritual en bancarrota.

La ciencia ha sorprendido al género humano con sus conquistas y ha hecho olvidar valores que, por su solidez y arraigo, constituían equilibrio en un mundo que apenas hace cincuenta años, era totalmente distinto. En pocas décadas ha recorrido la Humanidad cientos de años; nuestra distancia histórica con la alborada de este siglo es lógicamente mucho mayor que la puramente cronológica. He aquí por qué constituye nuestro devenir un titubeo que no acaba de convertirse en verbo preciso y claro.

La Medicina, ya lo hemos dicho, participa en la crisis del mundo actual, quizá con más intensidad que otras disciplinas. Su brillante y rápido desarrollo corre paralelo a la evolución científica, maravillando sus atrevidas concepciones y sus definitivas conquistas. La Higiene y la Medicina Preventiva han procurado al hombre mayor felicidad y posibilidades insospechadas y las nuevas drogas lograrán sin duda en corto plazo terminar con muchas enfermedades. Pero esta marcha progresiva y las condiciones sociales imperantes, han modificado en forma absoluta el ejercicio profesional del Médico, que se encuentra desorientado a fuerza de correr a veces ciegamente, buscando adaptarse al ritmo con que ahora se vive.

En una palabra, el ejercicio tradicional de la Medicina sufre a la fecha un impacto que está a punto de hacerlo desaparecer, la profesión liberal, simplista pero humana, de hombre a hombre, se está convirtiendo en labor burocrática en que el individuo enfermo se convierte en una ficha y el Médico, laborante que sabe hacer prescripciones; las nuevas generaciones hablan más de horas de trabajo, pago de horas extras y salario hora-mes, que de apostolado o sacrificio, y en los vaivenes de este vacilar en que navega la Medicina actual, no encontramos aún recta definición para la Medicina Socializada, que pujante y lógica, se abre paso sin encontrar cauce que la dirija ni doctrina que la norme.

El momento es difícil y sin embargo no suficientemente apreciado por las aún desviadas filas de nuestra profesión. Es por eso que pensamos que será útil la presente comunicación a la tribuna máxima con que cuentan los médicos de México.

II

Ninguna profesión ha tenido en el curso de los últimos años un perfil más individualista que la de médico; obligado al coloquio singular con

el paciente su actividad se desliza habitualmente dentro de la mayor intimidad y lejos del público y de la sociedad misma. De ahí que el médico resulte siempre ser recalcitrante individualista; de ahí que coloque los valores individuales por encima de los valores sociales y sea frecuentemente conservador y reacio para adaptarse a las modernas tendencias socializantes. Desgraciadamente para él, esta postura va haciéndose cada vez más difícil y en las grandes urbes casi imposible, el tiempo en que el ejercicio profesional era un simple diálogo seguido de la exploración física y la prescripción de un medicamento, se ha terminado, aún el médico general más competente o el práctico más avezado, necesitan de la ayuda de otros médicos para establecer su diagnóstico e iniciar su tratamiento. La medicina se sale del individuo para trabajar en equipo, todos tenemos que llamar en nuestro ejercicio, por lo menos al laboratorio que es nuestra mano derecha y los rayos X que son nuestra mano izquierda. Sin ellos, el estudio de nuestros enfermos sería muy deficiente. Por otra parte, el médico general no puede por sí solo abarcar toda la medicina y por tanto advierte a cada paso que es necesario acudir al sabio consejo del Especialista en todos aquellos casos, por lo demás frecuentes, en que la enfermedad asienta sobre una estructura de la que no puede conocer completamente sus reacciones.

Este avance de nuestra ciencia ha causado profundo impacto en el individualismo médico de ayer y ha obligado al médico de hoy a abandonar su sillón de consultor para ampliar sus horizontes y dar cabida al trabajo en equipo con sus demás compañeros de profesión. Pero este cambio es en realidad pequeño si se compara con el que ha producido en el médico la medicina socializada.

III.

El individuo en el mundo moderno no existe como ente aislado; la vida obliga a la confraternidad social y no es posible que nadie actúe si no es dentro del conglomerado en donde le tocó vivir. El individuo es menos importante que el conjunto; sus necesidades íntimas pierden vigor cuando se comparan a las necesidades propias de la colectividad; sobre el individuo está la masa; sobre el individualismo el socialismo; sobre los derechos y obligaciones de una persona, los derechos y obligaciones que se deben a la colectividad.

Sabemos que estas premisas son dolorosas para el alma del médico, sabemos que nuestra educación, nuestra cultura, nuestras tradiciones han

hecho que tengamos arraigado en nuestro ser el culto de la persona y no podemos admitir, sin tristeza, que se nos desplace hacia una vivencia en la cual nuestra personalidad se diluye en medidas de tipo general que al afectar a la masa creemos que no nos incumben, que por otra parte nos molestan y que nos obligan a seguir en la vida un camino común, en compañía de muchos otros, igual que si se tratara de ovejas en un rebaño.

Pero el socialismo tiene muchos otros puntos de vista, de mayor jerarquía, sabemos que el humanismo más elemental obliga a amar al hombre y respetar a la persona y en realidad las medidas que actualmente se derivan de las tendencias sociales llevan ese objeto, proteger a la persona en su medio y dirigir por lo tanto estas medidas proteccionistas a la masa, con objeto de que sean aprovechadas por la totalidad de los integrantes de una comunidad. Si antes, para recibir atención médica había que tener dinero, ahora esta atención se recibe aunque no se tenga; si antes la educación costaba ahora se obtiene gratuita; si antes se respetaba al gran señor, ahora se respeta igualmente al pequeño señor o mejor dicho, no deben existir, para las mentes socialistas, ni pequeños ni grandes señores en cuanto de necesidades, de obligaciones y de derechos se trate. La acción del socialismo en beneficio de la persona humana, es sin duda mucho más efectiva que lo que ha sido la caridad cristiana en los viejos tiempos del mundo de ayer.

Nada puede oponerse al progreso que las tendencias sociales integran en el mundo de ahora, y nadie puede oponerse porque todos lo consideramos justo, porque se sabe que va impregnado de un deseo de servir y de una acción tendiente en modo principal a darle rango y prestigio a la persona humana.

Las guerras que han devastado el planeta en este siglo y de las cuales hemos sido testigos, han traído como saludable consecuencia el despertar de los pueblos oprimidos y es necesario que este despertar tenga repercusiones en la vida entera de los hombres. Por eso la ONU ha buscado ante todo definir la posición del hombre en el mundo actual mediante lo que se conoce con el nombre de la declaración de los derechos del hombre y de la cual copiamos algunos párrafos.

a) Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social y a obtener mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y de los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y cul-

turales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

b) Toda persona tiene derecho a trabajar, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

c) Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios. Tiene asimismo, derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros de pérdida de sus medios de subsistencia, por circunstancias independientes a su voluntad.

Como se advierte, la asistencia médica en casos de enfermedad o accidentes, la rehabilitación en casos de invalidez, son derechos permanentes de la persona humana, que para fortuna nuestra, ha sido catalogada en su dignidad de tal, primer paso para su futura fecundidad.

El concepto de seguridad ha sido entendido entre nosotros, en forma íntegra y completa, lo cual ha sido benéfico en alto grado para el interés humano de todos nuestros connacionales, ya que en países cuyo desarrollo natural ha sido lento como entre nosotros, la medicina no ha podido estar al alcance del pueblo debido a diversos problemas, de los cuales el principal ha sido la abundancia de zonas rurales de economía precaria, en las cuales el médico no encuentra estímulo económico para su desenvolvimiento. Por otra parte, la falta de educación y de cultura en esos lugares hace a menudo que los individuos acudan gustosamente al Herbolario, al Brujo o al Charlatán y no al Profesional de la medicina. En las pequeñas ciudades y aún en las capitales de provincia hasta hace poco los médicos eran insuficientes y los hospitales y servicios asistenciales escasos y no de buena calidad. Un rápido vistazo sobre la mortalidad en nuestra República durante el quinquenio de 1946-50 indica que hubo registradas en las oficinas gubernamentales 2 158 000 muertes de las cuales 1 312 030 fueron de personas que no recibieron atención médica profesional durante su enfermedad; se estima que en el medio rural 86% de las personas fallecidas no reciben atención médica.

Por muy exagerados que nos parezcan los datos anteriores son un índice claro de que en nuestra República existe una carencia impresionante de servicios médicos a la masa del pueblo y si esto es de 1946-50 en que el gobierno había tenido ya más de quince años de dedicar sus esfuerzos a mejorar la salud de los individuos se debe pensar que antes de este tiempo, la situación médica de nuestra República era realmente desoladora.

A la fecha existe una cantidad de médicos relativamente adecuada a nuestras habitantes, dado que si en 1910 había un médico por cada 6 000 personas aproximadamente, a la fecha esa cifra se ha reducido hasta a un médico por 1 500. Sólo que la distribución de los mismos es caprichosa, habiéndose concentrado la gran mayoría en los centros urbanos, de tal modo de constituir un problema económico para ellos mismos, dejando en cambio el campo, a merced de los aficionados y legos de nuestra profesión.

La existencia constante de este individuo abandonado de las atenciones médicas y destinado a morir prematuramente sin el cuidado de un profesional, ha sido reconocido siempre de nuestra parte y se han tomado diferentes medidas para su solución.

En la Colonia y en el primer tercio de este siglo, existían Instituciones de Beneficencia que como su nombre lo indica, se ocupaban con un propósito caritativo, de atender a los enfermos pobres de solemnidad. A estas Instituciones estaban precisamente anexados los Hospitales en los cuales los médicos, haciendo una obra de bien, que a la postre resultaba ser un verdadero servicio social, casi sin percibir honorarios, ejercitaban su profesión con un deseo virtuoso de ayuda al desválido, comprendían su misión de curar como un sentido de apostolado y en la mayoría de los casos sacrificaban sus ingresos privados por trabajar con el enfermo, aprender, instruir y enseñar.

Sin embargo, este concepto de caridad no puede ser aplicado a la medicina en todo tiempo, y la evolución social obligó a pensar que el pobre tiene derecho a ser atendido en sus enfermedades, no como mera actitud graciosa de parte de los médicos o de instituciones de beneficencia, sino como un servicio obligatorio de asistencia que el Estado debe a sus integrantes. Porque el Estado emana del pueblo y por lo tanto, es su representante máximo, pero también y precisamente por eso, es de él y para él, lo cual obliga a que se preocupe por su salud y le de atención médica, no en nombre de una virtud cristiana, sino como derivado de un postulado de justicia social. Así nació el concepto de "Asistencia", que convirtió en nuestro país a la Beneficencia Pública y Privada, en Secretaría de Asistencia, encargada de la atención hospitalaria, de consultas externas y de institutos médicos, todo en función del cuidado y la salud del hombre de México.

Este concepto de asistencia fué por tanto de una extensión mucho mayor que la simple actitud caritativa y lo que es más, obedeció a un cambio de doctrina y a un reconocimiento por parte del Estado de su obli-

gación de asistir en sus enfermedades, a todo individuo, cualesquiera que fuere su raza, religión, color, nivel cultural, etc.

Por eso y en virtud de esta doctrina, ha podido extender la medicina estatal su radio de acción, abarcando poco a poco más y más sectores de nuestro pueblo.

IV

A pesar del avance doctrinario que constituyó la asistencia y la salubridad sobre la extinta beneficencia, todavía los resultados eran marcadamente pobres. Los individuos, especialmente los trabajadores, no podían ser atendidos con los escasos recursos de que la asistencia estatal disponía, se beneficiaban, sí, de las campañas sanitarias al igual que el resto de los integrantes de la nación, pero sus enfermedades personales aún eran atendidas por charlatanes, homeópatas y curanderos, que no estaban capacitados para tener en sus manos la vida del trabajador, que es en sí, la máxima riqueza de que dispone una nación.

Era necesario poner la medicina al alcance del pueblo.

Para ello se necesitaba socializar la medicina, es decir, llevarla a todos los estratos que constituyen una sociedad y especialmente a los más inferiores. Esto se obtuvo primero en Alemania en donde nació la Seguridad Social. Debe decirse con orgullo que fueron algunos médicos, entre ellos Wirchow, el famoso anatómo-patólogo, quienes inspiraron esta reforma pues viviéndo en contacto íntimo con los pobres, clamaron por los derechos del trabajador frente al capital y la necesidad de que el Gobierno pusiera atención en preservar y conservar la salud de los trabajadores, la que sumada, viene a constituir como lo afirmó E. L. Mende desde 1820, "la propiedad más preciosa del Estado". Wirchow a su vez declaraba: "La medicina es una ciencia social y la Política no es otra cosa que la Medicina en gran escala".

Por fin en 1883 se introdujo la ley sobre el Seguro contra la enfermedad; el capitalista entendió que la enfermedad implica incapacidad para continuar trabajando y por lo tanto, necesita imperiosamente de curación, sólo así el individuo dejará de ser parásito, para convertirse nuevamente en una persona productora, lo cual, por otra parte, convenía a sus intereses.

Nació así el Seguro Social al calor de la protección al trabajador y su objeto fundamental fué proveer a la conservación e incremento de la salud del mismo con las formas científicas más adecuadas y modernas, a fin de mejorar las condiciones y la composición demográfica de la población.

Pero en el curso de los años el Seguro Social se ha convertido en la doctrina más equilibrada, más armónica y más justa de protección del hombre, y por lo tanto en la fórmula más adecuada para la felicidad humana. Pues bien se sabe que el hombre vive angustiado por diversos temores: el temor a la miseria, el temor a la enfermedad, el temor a la vejez, el temor a la muerte; y la doctrina que lo libre de esos temores, le dará la mayor esperanza de adquirir la salud, que definida por la organización mundial de la Salud es "un estado de completo bienestar físico, mental y social". En otras palabras, diríamos nosotros, un equilibrio armónico, físico y mental, que se parece mucho a la felicidad humana.

En esta forma el hombre puede vivir tranquilo, porque sabe que su trabajo le protege contra las eventualidades que más frecuentemente son índice de abatimiento de su tranquilidad. Tanto en el orden biológico cuanto en el económico social, el Seguro constituye para él, como su nombre lo indica, y aunque parezca redundante, la seguridad en su ejercicio vital sobre los cimientos sólidos de la ley protectora. Constituye por lo tanto la meta última y la más ambiciosa de la medicina y en general del bienestar humano e implica la aplicación de medios preventivos, curativos y sociales tanto en el orden biológico, como en el de pensiones, retiros y por último enseñanza, reeducación y readaptación en los casos de invalidez.

V

¿Cuál es la situación de la Medicina frente a los avances que la socialización y la seguridad han tenido en los últimos años? Esa pregunta ha provocado la angustia de todo ejercitante de nuestra profesión. La respuesta implica para muchos la pérdida del ejercicio liberal de la Medicina, la práctica de la misma siguiendo una doctrina nueva y la ruina o por lo menos la disminución de la capacidad económica del médico, todo lo cual desquicia al viejo ejercicio profesional y resta muchos ideales que hasta aquí permanecían vivos.

En efecto, mucho de la medicina vieja se ha terminado o está por terminarse. Los avances del seguro social en el mundo son de tal modo considerables, sobre todo en los pueblos subdesarrollados, que el éxito de esta solución acarrea, ya lo hemos sentido, un impacto de consideración al médico de libre ejercicio. En algunos países, en donde los sistemas de seguridad han alcanzado en cierto modo máximo desarrollo, se trata ahora de conservar aquello que de bueno tenía la medicina tradicional para hacerlo armónico y permitir su coexistencia con los sistemas modernos de sociali-

zación. Así advertimos la preocupación por conservar la relación afectiva médico-paciente mediante la libre elección del médico, el secreto profesional y el incremento de la moral médica. Estas proposiciones alteran en veces la medicina estatal y suscitan el conflicto actual entre ellas y la medicina de siempre.

Habiendo sido dictado el seguro de enfermedad en Francia, nos parece útil para norma del hombre de hoy el transcribir la opinión de tres eminentes médicos franceses sobre esta reforma.

HABLA EL PROF. LAUBRY.

De la Academia de Ciencias y de la Academia de Medicina.

Yo soy médico y nada más que médico. En el curso de una larga vida yo no he hecho otra cosa que cuidar enfermos y enseñar estudiantes. He tenido el honor de exponer en Nueva York, Londres, Berlín, Roma y en todas partes del mundo la doctrina médica francesa; que es la medicina del individuo, un arte particular. Lo que cuenta ante todo para nosotros es la cualidad de una síntesis.

Los más grandes médicos que he conocido y admirado en mi juventud eran médicos rurales, son ellos los que me han servido de ejemplo, he retenido su atención, su conciencia, su inquietud de progresar, de aprender y de superarse constantemente.

Ahora se nos dice que estos médicos no tendrán el mismo rango que los otros, que en todas las circunstancias serán distintos de algunos privilegiados que han tenido en su juventud la fuerza y los medios de proseguir largos y difíciles estudios, de triunfar en concursos, concursos de los que el público no sabe la extraordinaria dificultad.

¿Por qué tenemos que hacer esto?

¿Qué profesión liberal aceptaría una tal discriminación? ¿Y cómo hacerla? He aquí una empresa que planteo a los escritores.

Un diagnóstico que no se olvida es a menudo una verdadera creación, creación comparable a la creación literaria o científica.

Todo diagnóstico dice Burger, el gran médico alemán, es un Jano de doble cara; una tornada hacia la tecnología médica y orgullosa de sus datos absolutos; la otra, vuelta hacia el conocimiento del alma humana.

En todo esto no hay lugar para el "automatismo", para la medicina mecanizada que haga solamente funcionar los bellos instrumentos que tanto admira el público. Afortunadamente guardamos nosotros sobre el instru-

mento el dominio de nuestro espíritu, pues todo verdadero médico debe ser amo del "robot". Todos aquellos que tengan alguna responsabilidad en estos proyectos de nivelación y abatimiento del cuerpo médico —y particularmente aquellos que no son médicos— estén alertas, su responsabilidad es pesada.

HABLA EL PROF. HENRI MONDOR.

De la Academia Francesa y de la Academia de Medicina.

Una de las superioridades bien reconocidas por los países extranjeros es la de la clínica francesa. Obras en las cuales esta ciencia y este arte del diagnóstico brillan particularmente, son profusamente distribuídas por nuestros editores fuera de nuestras fronteras.

Ahora, cierto proyecto amenaza de manera tan evidente las mejores condiciones científicas y humanas de la práctica médica, que apenas puede creerse en que provenga de un cerebro francés bien informado.

Esperemos que nuestra nación, en el momento en que se cree indiferente a los riesgos y abatimiento del nivel médico, se rebele al contrario con severidad, contra aquellos que le invitan por descuido a una decadencia cierta.

HABLA EL PROF. PASTEUR VALLERY-RADOT.

De la Academia Francesa y de la Academia de Medicina.

Si la medicina francesa guarda un lugar privilegiado en el mundo es la razón de la calidad de sus médicos; el día en que no haya emulación en el seno del cuerpo médico francés, el día en que el estudiante sepa que importa poco que haya sido externo, interno, jefe de clínica o asistente de los hospitales, el día en que importe poco que siga cursos de perfeccionamiento y que por sus lecturas esté al corriente de los progresos incesantes de la ciencia médica: ¿A qué nivel caerá la medicina francesa? Yo lo pregunto entonces ¿qué prestigio guardará? ¿Será un hecho su radiación en el mundo? Un poco de nuestra grandeza se irá.

¿Qué responsabilidad para aquellos que han votado los proyectos que se nos propone? Porque ellos habrán disminuído el valor intelectual de Francia."

En el país en que la Asociación Médica tiene mayor fuerza, en los Estados Unidos, se ha impugnado en forma decidida y firme la socialización de la Medicina; la Asociación Médica Americana ha luchado contra el

Estado para que no se verifique y hasta ahora ha triunfado. En este país la Medicina sigue siendo liberal y la burocratización de la misma no existe. Hay que hacer notar, sin embargo, que el pueblo norteamericano es probablemente el que tiene un standard de vida más alto y por tanto puede subvenir a sus necesidades médicas mediante el pago individual del médico. Existen naturalmente asociaciones de seguridad para la atención médica pero de tipo privado. En Hispanoamérica en cambio, los seguros han tenido un éxito definitivo y México, Perú y Chile son ejemplos elocuentes de ello.

Puede por tanto decirse que la seguridad social está en marcha, que sus beneficios son de tal manera ostensibles y han tenido un éxito tan grande, que nada podrá detenerla. Que es el futuro de muchos países y que sus bases doctrinarias son de tal modo generosas, que resultan una bendición para los trabajadores de un pueblo.

VI

El ejercicio liberal de la Medicina como lo hemos visto implica la venta de los servicios, es una actitud de pobre postura filosófica; no se puede concebir en el mercado libre, vendiendo sus servicios, a un sacerdote, a una enfermera o a un maestro; hasta los soldados que son alquilados libremente llevan el nombre despectivo de mercenarios. Ningún hombre que tenga ambición de dinero va a dedicarse a cura, maestro o médico, existen mil profesiones más como la de banquero, industrial o comerciante en las cuales sí es lícito hacer operaciones que llevan como única finalidad el apropiarse de la mayor cantidad del dinero ajeno.

El médico es diferente. Todo el que sienta muy hondo en él la llama de la profesión, ha notado que uno de los momentos más molestos de su ejercicio profesional es el cobrar. El médico hipocrático que era pagado por sus servicios, tenía una posición social baja porque aquella sociedad despreciaba a los individuos que trabajaban por dinero, a pesar de que su artesanía era apreciada porque se consideraba a la salud como uno de los bienes mayores.

Por otra parte, todos estamos acordes en considerar que el médico realiza una obra social de la más alta trascendencia y que afecta notablemente el bienestar colectivo y aun la economía de un país, ya que la enfermedad incluso en una nación como Estados Unidos, de excelentes condiciones sanitarias, no sólo causa sufrimientos físicos y psíquicos, sino que cuesta al pueblo cerca de diez millones de dólares anuales, incluyendo ahí el costo

de la asistencia médica, pérdida de salarios y pérdidas por las muertes prematuras.

Pero dentro de la socialización de la Medicina o fuera de ella el médico debe tener una absoluta seguridad económica dentro del nivel de vida que su educación le señala, debe además, estar asegurado contra todos los temores de que hemos hablado, para que pueda dedicar sus energías todas, su capacidad y sus habilidades, a la gran tarea de curar y prevenir la salud del pueblo. Porque ya pasaron los tiempos en que el médico era solamente el hombre capaz de curar muchas enfermedades y de aliviar otras; las normas modernas exigen que obre como guía en el medio social en que le tocó vivir, sea urbano o rural; la masa tiene necesidades que sólo el médico puede satisfacer actuando como consejero en labores de higienización e ingeniería sanitaria, en cuestiones de tipo educativo, de alimentación, distribución y equipo de industrias, etc., etc., y mientras más sensible el médico sea, mientras mayor sea su cultura y humanismo, más importantes serán sus responsabilidades pero al mismo tiempo más esplendorosas resultarán sus realizaciones. Por eso el médico no puede encerrarse entre las paredes de su Consultorio sino que tiene que abrir ampliamente su mundo para que en él quepa el ingeniero, el químico, el físico, el sacerdote y hasta el soldado, pues todos ellos son colaboradores armónicos de nuestras futuras obras sociales.

Por eso ahora los médicos han admitido, y ya lo hacen sin reticencia, la necesidad de expansionar la atención médica para ponerla al alcance de cualquier trabajador, están acordes en colaborar en esta tarea justa, y solamente advierten que la desorientación en regímenes y modos nuevos de ejercicio profesional, aun no acaba de ser resuelto y los ensayos que se han hecho en diversas partes del mundo y principalmente en México, necesitan ser analizados correctamente y valorados de modo imparcial, para juzgar serenamente si vamos por el camino recto o habrá que hacer reajustes y modificaciones a lo ya hecho.

Porque convertir al médico en un burócrata de categoría no es lógico. La Medicina no puede ser deshumanizada; ni subordinada íntegramente a la técnica, porque ella tiende a esclavizar y estandarizar al hombre sumiéndolo en el anonimato numérico de la cifra, el promedio, la clave gráfica; el enfermo no puede ser una simple ficha y el médico tampoco un empleado que sabe hacer prescripciones. Esta manera de curar conduce al fracaso a pesar de los medios curativos de tan extraordinario valor de que se dispone actualmente.

Esta actitud burocrática hace perder al profesional su dignidad íntima, es un maquinismo en gran escala por medio del cual el Estado crea hombres sin libertad, sin voluntad propia, comparables a los artículos que producen en serie las industrias modernas, piezas de una maquinaria desechables y sustituibles en el trajín cotidiano de la técnica contemporánea. En el médico, este sacrificio de su libertad, produce un resentimiento que se traduce en una actitud hostil hacia sus patrones que puede llegar a menudo a la apatía e ineficiencia. Por otra parte se pierde el estímulo y el médico no tiene lo que todo hombre debe tener, la esperanza de progresar, de evolucionar desarrollando su personalidad y su eficiencia para llegar a ser mejor. La etapa por la que los médicos, especialmente de México, atraviesan en su burocratización en el Seguro Social, nos ha dado ya enseñanzas que deben ser aprovechadas y que de hecho ya lo han sido, para modificar aunque sea en parte, el sesgo que se da a la Medicina socializada.